



## Frutos extraños

*¿La baba del diablo es verde?, pregunté de golpe.  
Puede que sí, Heimito, me contestó, pero yo más  
bien diría que no tiene color*

Roberto Bolaño

No era suyo, pensó.

Una. Eran los noventa, avanzaba con la bici heredada de las primas Ana y María, era verde, una BH. Subía atropelladamente una pequeña colina que la separaba de otras navas de tierra horadadas por el paso de ciclistas adolescentes. Al llegar arriba había un árbol y a su sombra respiró: muñecas delgadas, rueda blanda, ni una gota de sudor, ni una gota de agua resbalando por el cañón de la tortuga seca, y a un lado la brillante montaña de jeringas rojiblancas. Un verdadero mundo de montes aquel. Así. Una vez soñó algo que era real porque otro niño de su clase reconoció haber soñado lo mismo. No estamos tristes ni locos. Había una extraña melodía silbada por el vacío de las calles, o por la gélida tormenta, la gente del pueblo subía armada de antorchas por la cuesta del colegio y estaban todos, uno a uno subían con un fuego que no calentaba pero ponía una luz de antigüedad, de foto amarilleada por los años húmedos y tras el Alto estaba el monstruo. Ese monstruo que daba verdadera pena pues nada había hecho para que lo trataran así. Después el monstruo se ahogó en la presa él solito debido al miedo. ¿A qué monstruo matamos esa noche?

Al día siguiente nadie quiso comentarlo pero todos miraban raro. Resumen de otros monstruos que tarde o temprano desaparecen de algún modo:

**El Berros** tenía una cara difícil de definir e imposible de recordar. Tenía ojos de mujer y barbilla de mujer y el resto confuso, pero más masculino. Andaba siempre con una bata azulona y un bastón demasiado gordo para su mano frágil y la mitad de su cuerpo se tambaleaba, de modo que al caminar su pie izquierdo se torcía extrañamente hacia la izquierda y luego con un golpe de cadera retomaba la línea de dirección. Lo seguían dos perros: uno el Acostumbrado, mediano, mestizo, y otro nuevo más pequeño y furioso. No hay por dónde cogerlo, decía, se le escapaba el perro mientras tomaba un café oscuro y espeso. Acostumbrado, persigue a tu hermano, decía, y el viejo salía corriendo detrás de sus perros. Una vez prendió fuego a su casa por accidente y las ratas salían chillando totalmente despavoridas y no nos hizo ni la mínima gracia por haber sido criados en un ámbito tan pulcro pero poco después sí que me haría bastante gracia. Dicen que el perro chico mordió a una mujer y lo sacrificaron y el Berros guardó la piel y en invierno cuando hacía mucho frío en su cabaña y no se atrevía a poner el fuego por si se incendiaba de improviso se cubría los hombros con la piel de su perro asesino amado. Su abrigo marrón de mujer lucía muy hermoso de esa manera según le parecía a él. Su familia eran ahora Acostumbrado y la radio, porque nadie más habitaba el escuálido catre por aquel entonces aparte de ellos. Y eso que la casa estaba repleta de cosas que desearía compartir. Amaba el coleccionismo por su inutilidad y a ello se dedicaba en cuerpo y alma aunque un pueblo como ese no daba un material muy succulento. Tenía una

estantería llena de muñequitos de plastilina endurecidos que conseguía cuando, en su juventud, se colaba en el colegio para robarlos. Cuando era joven andaba de la misma manera pero era más alto y tenía pelo sucio y negro. Invariable. Le gustaba entrar al colegio durante el recreo para jugar con los niños. Pero a veces se colaba en mitad de la clase de matemáticas o de conocimiento del medio o cuando ya se habían ido a sus casas. Llevaba un maletín de ejecutivo negro, de piel, con las hebillas rotas. Lo ataba con una cuerda de plástico azul y seguía siendo elegante de todos modos. En los mejores años entraba por la puerta, pues era de algún modo bienvenido, después comenzaron a echarle a la fuerza y el Berros no tenía idea de por qué. Entonces cogía a un niño por la camisa y lo hacía bailar por los aires y su cara abismada parecía de auténtico placer. Así lo hacía volar con su brazo de hierro, así lo lanzaba para que se divirtiera solo pues no podía detenerse mucho en un niño ya que todos requerían diversión. Cómo corrían de un lado para otro. Luego jugaba a ser un toro que emprendía las feroces embestidas en la arena cuadrada de la cancha. Así hacía entre muchas otras cosas. Luego entraba en la clase con su maletín ejecutivo negro y allí recogía las entregas del día: varios muñequitos de plastilina, un muñequito de chicles, una cabeza de un caballo, o cosas por el estilo. Una vez Acostumbrado se comió un muñequito de plastilina pero no le gustó y no lo volvió a hacer. Al Berros se lo llevaron una vez a un psiquiátrico y estuvo algún tiempo creyendo que su madre estaba ciega, pero en realidad no tenía madre. Y Acostumbrado se escondió en el bosque hasta que volviera. Cuando volvió ya era el viejo que todos conocemos y unos años después se lo llevaron al asilo de ancianos y nunca se supo más. Es como si los montes lo hubieran succionado en sus ensayos volcánicos junto a toda su colección.

Matilde la desventurada, profesora de escuela, profesora de escuela joven en tiempos viejos como nunca hubo. Llevaba un anillo enorme en el anular y así pegaba capones cariñosos pero que no por eso dejaban de doler. Cuando venía el Berros a buscar sus objetos, Matilde la desventurada le trataba bien y le convencía para que se llevara unos cuantos libros infantiles, este que sale un barco en la portada, este que tiene el dibujo de una niña colgando de un árbol por los pies, este que es muy finito y te lo lees en un pispas, pero el Berros ni sabía leer y eso lo sabíamos todos. Y Matilde la desventurada: Berros, tráeme esa caja de cuadernos, que voy a hacer un examen, Berros vete ya de aquí que te pones pesado hijo, y nos guiñaba un ojo a medias, sin sonreír demasiado porque en el fondo le tenía miedo y es que el Berros podía ponerse violento y nosotros a veces temblábamos también un poco disimuladamente, entonces Matilde la desventurada, cuando se dio cuenta de que temblábamos , pobres criaturas decía, pero ya era tarde, y el Berros poseía la mayor colección de muñequitos de plastilina jamás imaginada y de libros infantiles porque al cabo de un tiempo se acostumbró y también pedía libros en sus infames redadas, sobre todo de los que tenían dibujos que cada vez eran menos pues nos estábamos haciendo grandes . Entonces fue cuando Matilde la desventurada se percató de que no era buena idea dejar que el Berros siguiera viniendo y aunque le daba mucha pena, la siguiente ocasión en que el Berros vino al colegio nos instó a que empujáramos la puerta para que no entrara, y en el fondo fue un error pues el Berros se sintió indignado, o más bien sintió otra cosa parecida pero más infantil, se sintió ninguneado por la asquerosa autoridad y se puso muy bruto golpeando la puerta como un loco. Las siguientes visitas no fueron menos dramáticas, nos acostumbramos a trabajar a oscuras y aún en

los días más nublados no encendíamos la luz, tampoco la estufa, para que no pensara el Berros que estábamos allí. Aprendimos a comunicarnos por notas que nos pasábamos de atrás adelante y viceversa, atándolas con pinzas de madera a unas cuerdas que hacíamos rodar a través de unas rudimentarias poleas; así conocimos la tecnología y más de uno quedó tocado por las posibilidades de la mecánica. Nos volvimos silenciosos a la fuerza, ni un suspiro se oía, ni una tos, y así el Berros se cansó o encontró otro colegio donde robar sus añorados muñequitos o se marchó a un manicomio como me parece que ocurrió.

Una. Pero cómo vas a barrer la puerta de la casa si es todo tierra, la tierra barrida de la tierra sólo deja calvas de más tierra. Entonces venía el frescor de la tarde y se sumergía en el pequeño agujero de piedra y musgo y por un hueco todavía espía el gran túnel vomitador de atardeceres pinchados en un asta de toro manso como el agua encharcada en un desierto; era rojo como sangre, se juraba, sorprendente. Los arremolinados pinchos de los árboles daban para más, esas jeringas verdes, marrones, que se entrelazaban para formar cadenas vegetales de dolor flemático. Cuando era un bicho redondito le pegaban en el pecho por ese mismo motivo y eso que la querían pero era un ritual obligado para la sobrevivencia, secos, eso sí. Y entonces se volvió loquita y empalideció, pero no por los golpes sino por los atardeceres vomitados por esa boca desdentada y negra prematuramente sangrante siempre como la puerta entreabierta de una ambulancia a toda leche por las calles oscuras de una ciudad superpoblada que no se sabe si conocerá alguna vez.

Creo que le dije algo horrible pero no recuerdo qué. Después nos encerramos en el baño mi hermano y yo. Le convencí para que se encerrara conmigo, le enseñé lo que era un cerrojo

que se atasca y no podíamos salir. Mi hermano lloraba y vomitaba a partes iguales, mi madre lloraba y gritaba a partes iguales, yo imaginaba una sierra enorme atravesando la madera anaranjada de la puerta e imaginaba nuestros cuerpos apartándose ligeramente para no ser atravesados también por la sierra mecánica que rugía como una bestia inmundada. Luego cogí una toalla blanquísima cuyo tacto entre duro y estropajoso me hizo arrugarme, y agarré con ella el cerrojo húmedo de sudores histéricos y duchas interminables y lo abrí. Ese es el primer episodio violento que recuerdo. Seguro que fue un comentario hiriente y yo lo sabía y no.

Luego me convertí en una excelente cazadora de lagartijas, entonces me sentía orgullosa por ello. Había una roca que llamábamos la piedra de las lagartijas y que tenía un pino incrustado en todo su centro como un cuchillo y allí nos disponíamos con nuestras armas a esperar la salida de los reptiles. Nos habría gustado cazarlas y quedarnos con ellas, alimentarlas, contemplar los cambios de color en su piel, tocarlas para entender su suavidad extrema. Pero teníamos demasiado miedo como para cogerlas cuidadosamente. Éramos tan nerviosos como ellas. Esperábamos al sol, y cuando veíamos una nos abalanzábamos rápidos como lenguas arrancándoles la cola de un palazo. Siempre nos asombraba que la lagartija en cuestión siguiera corriendo sin inmutarse y que la cola se moviera temblando como si siguiera viva. Y luego no nos sentíamos mal ni nada, porque era normal cazar lagartijas en aquella época hasta que comenzó a cundir el rumor de que había sido prohibido porque se estaban extinguiendo, lo cual no era fácil de creer, yo cada vez veía más, pero como éramos miedosos pues poco a poco dejamos de cazar o lo hacíamos con

más disimulo. ¿Dónde vais?, nos decían, a cazar lagartijas, respondíamos primero y luego: a la piedra de las lagartijas, simplemente. Así era.

*Pequeños rastros de violencia: como pases frente a mi puerta te apaleo y en serio que mira el bastón como fosforece al sol de lo potente que es. Y nadie pasaba junto a la puerta de nadie.*

*Como pases frente a mi puerta suelto al perro que ha sido violentamente entrenado para morder a desconocidos. Lo hicimos vestidos con ropa especial para mordedura, claro, y en invierno para no pasar calor, le enseñamos a morder y de premio le dábamos un filete enorme. Y los chicos azuzaban al perro enjaulado para oír sus ladridos enrabiados y duros y era pura adrenalina aunque al final nunca pasaba nada.*

**La asesina del hacha pintada** (Como pases junto a mi puerta). Efectivamente había una asesina, presumiblemente se trataba de Matilde la desventurada aunque nadie lo sabía a ciencia cierta. Pero no se convirtió en asesina así porque sí, de la noche a la mañana. Un día salió de su casa, que entonces era una casa bonita de muros encalados, una casa-esquina con un bello chaflán y su ventana en medio siempre abierta y su puerta en medio siempre abierta hasta que empezaron a aparecer los yonquis en el pueblo, especie de zombis arrebolados, soñadores, incendiarios que dormían en los portales de los paranoicos vecinos esperando ser despertados por la

muerte en cualquier bocacalle oscura de los barrios sin iluminación. Entonces las puertas se cerraban pero las ventanas seguían estando abiertas y unas vecinas se comunicaban con las otras a gritos y la ropa tendida en un balcón se acariciaba con las sábanas de enfrente. Así de exuberante era nuestra naturaleza en esos tiempos. Pero hubo un día en que Matilde la desventurada salió de su casa por el chaflán toda derecha a la plaza de abajo y vio cómo los centenarios árboles habían sido degollados y el templete estaba hecho ruinas y el olmo arenoso de la plaza de arriba había desaparecido con todo su envoltorio de arena. Las viejas nubladas seguían sentadas al sol, impávidas, como si nada hubiera ocurrido. Entonces Matilde la desventurada sintió un mareo, volvió a casa y vio una sombra hurgando entre su ropa interior, entre sus cadenas de oro: la del bautizo, la de la comunión, entre su ropa bonita la de los domingos, entre todas sus cosas, entre sus secretos poemas y entre su vida entera, incluidos órganos principales: estómago, pulmones, corazón. Y Matilde la desventurada al principio no supo que hacer, pero luego recordó los árboles degollados, los templos degollados, los olmos degollados, su atalaya del alma sin ventanas y sin querer o tal vez con una conciencia oscura recién nacida le echó la culpa de todo al desconocido que como una fiera violaba su intimidad desgarrándole los nervios y entonces supo lo que tenía que hacer. Cogió el cuchillo que andaba llevando siempre en su bolso de cuero deshecho por las heladas, agarró el mango con una electricidad que le salía del esternón y que le ponía los pelos de punta y se lo clavó a la sombra con toda su matérica rabia contra el mundo de tal modo que no supo si había sido el cuchillo lo que lo mató o una proyección afilada de esa rabia incontenida. Pero lo cierto es que la sombra debió caer y debió oírse un gemido de

ultratumba recorriendo el pueblo como una mano sin uñas, la caricia mortal de la eterna noche de ceniza.

*Pequeños rastros de violencia: un perro blanco está colgado de un árbol mientras los niños se orientan en el Brajero, brújula en mano. Su pelaje está pegajoso, sus cuencas han sido vaciadas por las aves carroñeras y su estómago también. Ya no servía*

**Una.** A grandes zancadas. Saltos de roca en roca. Sumergir los pies entre las varillas apiladas de siglo en siglo en el suelo, mantillo crujiente. Clic: oso gigante en mano, viejo, roto. De la barriga del oso salen sus pelusas interiores y a falta de ojo, miro yo. Por detrás de nosotros una cabra está pariendo. Por el camino escondido se llega a un foso de granito y dentro flotan las algas desconocidas, babas de diablos peludos, verdes babas al cuello inefable de la cabra recién nacida, procedimientos que el propio bosque ejerce con los suyos, un abrigo del bosque. Clic: toda tu casa se está hundiendo, fue una verdadera tragedia, ¿qué pasó?, le preguntamos al abuelo, y nos dijo: ó ha sido la tormenta o han sido unos chicos malos que nos la han destruido con palos y piedras y a patadas, eso sería terrible, pero la reconstruiremos y montaremos una vigilancia hierática e impertérrita. Pero esos chicos eran unos huidizos, la verdad. Nunca más aparecieron. Era demasiado tarde para reconstruir una cabaña. Había que aprender inglés y salir de allí lo antes posible, salvar la vida, dejar atrás los tomillos acumulados, la harina crepuscular. No era posible luchar, ¿quién era el monstruo?, ¿era yo?, ¿éramos nosotros? Atrás las ruinas quedaban, un

agujero enorme se abría hacia la urbanidad posible, alguien se puso una cráneo de macho cabrío sobre la cabeza, se sentó sobre la tierra barrida, ante la puerta ya inexistente pues ningún lugar había en el que entrar, una espiga en la boca, y la iba partiendo con los dientes poco a poco, fragmento a fragmento hasta el final, entonces se levantaba, cogía otra espiga y volvía a su morderumbre habitual, preparada, esperando a los enemigos, esperando a los monstruos, contemplando cómo la herida hecha camino se cerraba sobre sí silenciando el punto señalado, como una isla.